

Selección de artículos de

LE MONDE *diplomatique*



ÚLTIMOS TEXTOS DE LUIS SEPÚLVEDA EN LE MONDE DIPLOMATIQUE

Últimos textos de **LUIS SEPÚLVEDA** en Le Monde Diplomatique



En recuerdo de su compañero Luis Sepúlveda

Poema de Carmen Yañez

Éramos tan felices y no lo sabíamos

Ignorantes de la luz que circundaba la inocencia
éramos tan felices amor mío
con el calor de nuestras manos juntas
cruzando todos los caminos
y riéndonos de los obstáculos de piedra o granizo
que nos intentaban parar esa carrera irresponsable
de la felicidad.

Éramos tan felices
y no nos enterábamos de la dimensión de la vida.

De la invisible amenaza, de la larga sombra del miedo,
no lo sabíamos nosotros, irreverentes.

Amándonos con proyecciones de futuro.

Hoy ya no pienso más allá de mañana cuando espero
tu prueba de vida dicha por otros.

Este libro ha sido publicado con el apoyo de la
Fundación Rosa Luxemburgo



La editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS
publica la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*.
Director: Víctor Hugo de la Fuente

Suscripciones y venta de ejemplares:
San Antonio 434 Local 14 - Santiago.
Teléfono: (56) 22 608 35 24
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
www.editorialauncreemos.cl
www.lemondediplomatique.cl

Foto Portada: Miguel Rojo
Diseño portada y contraportada: Federica Matta, Joanna Carmen Viteaux
y Cristián Escobar

Copyright 2020 Editorial Aún Creemos En Los Sueños.

Primera edición: agosto 2020
ISBN: 978-956-340-158-5

ÍNDICE

En recuerdo de su compañero Luis Sepúlveda

Poema de Carmen Yañez

Éramos tan felices y no lo sabíamos 3

Presentación

por Víctor Hugo de la Fuente 7

El Oasis seco 9

Chile... 13

¿Qué les dan? ¿Qué les enseñan? 15

La historia, en fin, la historia 19

El triángulo rojo 21

Dos rostros y una misma sangre 23

La decepcionante COP25 y...¡jella! 25

¿Nos van a entender en el futuro? 27

El ridículo como método 29

¡Oh bella Italia! 31

Metáforas de España... 35

Anexo:

Aún Creemos en los Sueños 37

Presentación

por Víctor Hugo de la Fuente*

Este libro lo preparamos con Luis Sepúlveda a comienzos de febrero de 2020 con la idea de presentarlo cuando viajara a Chile en el transcurso del año, pero la pandemia quiso otra cosa. El sábado 29 de febrero Luis fue internado en el Hospital Universitario Central de Asturias (HUCA) donde, a pesar de todos los esfuerzos, falleció el 16 de abril.

Con profundo dolor despedimos a nuestro compañero Luis Sepúlveda Calfucura, escritor y amigo, miembro del equipo de *Le Monde Diplomatique* y de la editorial Aún Creemos en los Sueños, en cuya inauguración, el 16 de abril de 2002 en la Biblioteca Nacional, pronunció un discurso, que transcribimos en anexo en este libro, el décimo que publicamos con sus crónicas.

Este nuevo libro, con los últimos textos de Luis Sepúlveda publicados en su blog, en www.lemonediplomatique.cl, es un homenaje a él y a su compañera, la poeta Carmen Yáñez, así como a sus hijos Carlos, Paulina, Sebastián, Max, León y Jorge.

Para nosotros además de rendir homenaje a un gran escritor lo hacemos a un fiel amigo y compañero, que nos acompañó desde el comienzo en esta aventura que

*DIRECTOR DE LA EDICIÓN CHILENA DE LE MONDE DIPLOMATIQUE,
Y DE LA EDITORIAL AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

ha sido publicar *Le Monde Diplomatique* en Chile. Despedimos a un hombre generoso y talentoso, un contador de historias, que puso su saber al servicio de los demás.

Luis Sepúlveda ha sido homenajeado con cariño en todo el mundo. Sus más de treinta libros, traducidos a numerosos idiomas, han emocionado a millones de lectores, de todas las edades, que lo recuerdan con mucho afecto.

Luis Sepúlveda fue un magnífico escritor y un ciudadano comprometido con las grandes causas revolucionarias, siempre al lado de las luchas sociales y ambientales con la pasión de los que creen que otro Chile y otro mundo son posibles. Sus últimas crónicas, referidas a la rebelión chilena, son reflejo de aquello. ♦

V.H.de la F.

El oasis seco

Unas pocas semanas antes del estallido social que sacude a Chile, a lo largo y ancho de su geografía, y que al momento de escribir estas líneas suma veinte muertos, miles de heridos, cientos de ellos mutilados al perder un ojo, una cifra desconocida de detenidos, gravísimas evidencias de torturas, agresiones sexuales y otras atrocidades cometidas por los carabineros y las tropas del ejército, muy poco antes de todo esto el presidente chileno Sebastián Piñera definía al país como “un oasis” de paz y tranquilidad en medio de un continente convulsionado.

Pero lo que definía al “oasis” chileno no era la presencia exuberante de palmeras y agua fresca, sino una reja de barrotes aparentemente infranqueables que lo rodeaba. Los chilenos estaban dentro del oasis, y las rejas eran de una aleación compuesta por: economía neoliberal, ausencia de derechos civiles y represión. Los tres elementos del más vil de los metales.

Hasta el estallido social, para los economistas y políticos divulgadores del mantra “menos Estado y más libertad al mercado”, en Chile había ocurrido un milagro casi por generación espontánea, y ese milagro era visible en las cifras de crecimiento económico manifestadas por las estadísticas impecables a juicio del Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial. Chile exhibía una economía sana y en constante crecimiento. Pero esa aparente bonanza no se refería a la totalidad del país pues omitía algunos detalles aparentemente subjetivos, como son el derecho al salario justo, a pensiones dignas, a educación pública de calidad, a sanidad pública de calidad y, sobre todo, el derecho de los ciudadanos a decidir como sujetos de su propio desarrollo, y no a ser

espectadores pasivos de las cifras macroeconómicas exhibidas por el poder.

El 11 de septiembre de 1973 un golpe de Estado terminó con la democracia chilena, se instauró una dictadura brutal que duró más de dieciséis años, y ese golpe de Estado no se dio para restaurar el orden alterado o para salvar la patria del comunismo, sino para imponer un modelo económico ideado por los primeros gurús del neoliberalismo liderados por Milton Friedman y la Escuela de Chicago. Se trataba de imponer un nuevo modelo económico que a su vez generaría un nuevo modelo de sociedad: La silenciada sociedad que aceptara la precariedad como norma, la ausencia de derechos como regla básica, y una paz social garantizada por la represión.

La dictadura cívico-militar logró sus objetivos y los dejó estatuidos en una Constitución que consagra y define al país en función del modelo económico impuesto. No hay en América Latina otra Constitución hecha para el bienestar de los menos y que desprecie a la mayoría como la chilena.

Con la “recuperación de la democracia” o “transición chilena a la democracia” a partir de 1990, las reglas del juego no cambian, la Constitución de la dictadura es apenas retocada sin cambiar lo esencial, y todos los gobiernos de centro izquierda y derecha se encargan de mantener el modelo económico inalterable, y la precariedad alcanza a cada vez mayores sectores de la sociedad chilena.

“Si hay dos personas y dos panes y una se come los dos y deja a la otra sin comer, la estadística incuestionable dirá que el consumo es de un pan por persona”. Sobre esa base se presenta al mundo el exitoso modelo chileno, “el milagro chileno”, que ni en dictadura ni en democracia dejó de sostenerse en la represión y el miedo.

Cuando la sociedad chilena descubrió que uno de los hombres más ricos del mundo, Julio Ponce Lerou, yerno de Pinochet y heredero por orden del dictador de un imperio económico sencillamente robado a los chilenos, había sobornado con gruesas sumas de dinero a la mayoría de los senadores, diputados y ministros para asegurar una disciplina parlamentaria que permitiera seguir con las

privatizaciones, la respuesta estatal fue amenazar con el fin del milagro chileno, o reprimir con dureza las manifestaciones.

Cuando, como una respuesta a la privatización del agua, porque toda el agua de Chile, de todos los ríos, lagos, glaciares, pertenece a los privados, la ciudadanía se manifestó en protestas, la única reacción del Estado fue reprimir con dureza.

Lo mismo ocurrió cuando la sociedad salió a defender el patrimonio natural amenazado por las transnacionales energéticas productoras de electricidad, cuando los estudiantes secundarios salieron a reclamar una educación pública de calidad, liberada del monopolio del mercado, o cuando la sociedad salió a rechazar la sistemática opresión al pueblo mapuche. La única reacción del Estado fue la represión y la constante amenaza de poner en riesgo el milagro económico chileno.

La paz del oasis chileno estalló, no por el alza de las tarifas del metro de Santiago, sino por la suma de injusticias cometidas en nombre de las estadísticas macroeconómicas, por la insolencia de ministros que aconsejan levantarse más temprano para economizar en gastos de transporte, o que frente al alza del precio del pan recomiendan comprar flores porque éstas no han subido de precio, o que sugieren organizar bingos para recaudar fondos y reparar las escuelas que se inundan en los días de lluvia. La paz del oasis chileno estalló porque no es justo terminar los estudios universitarios y quedar con deudas a pagar durante los siguientes quince o veinte años. La paz del oasis chileno estalló porque el sistema de pensiones, en manos de empresas privadas que administran esos fondos, los invierten en el mercado especulativo, se quedan con los beneficios pero cargan las pérdidas a los dueños de esos fondos, y finalmente deciden los montos misérrimos de las pensiones según un odioso cálculo de los años de vida que quedan a los jubilados.

La paz del oasis chileno estalló porque al trabajador, al obrero, al pequeño empresario, a la hora de elegir a qué AFP privada le encarga la administración de sus futuras pensiones, debe considerar “que gran parte de tu jubila-

ción dependerá de qué tan bien supiste manejar y mover tus ahorros en el mercado de inversiones”.

La paz del oasis chileno estalló porque las grandes mayorías empezaron a decir no a la precariedad y se lanzaron a la reconquista de los derechos perdidos.

No hay rebelión más justa y democrática que la de estos días en Chile. Reclaman una nueva Constitución que represente a toda la nación y su diversidad, reclaman la recuperación de cuestiones tan esenciales como el agua y el mar también privatizado. Reclaman el derecho a estar presentes y a ser sujetos activos del desarrollo del país.

Reclaman ser ciudadanos y no súbditos de un modelo económico fracasado por su falta de humanidad, y por la absurda obcecación de sus gestores.

Y no hay represión, por más dura y criminal que sea, capaz de detener a un pueblo en marcha. ◆

Este texto fue publicado en *Le Monde Diplomatique* (Francia) y en las 30 ediciones internacionales en diciembre de 2019.

Chile...

Más de un millón doscientas mil personas salieron a las calles a decir ¡Basta!

Basta de salarios miserables, basta de pensiones paupérrimas, basta al abandono de la educación pública, basta a la privatizaciones absurdas como la del agua, basta al abandono de la salud pública y al imperio mercantil de la sanidad privada, basta de policías entrando a diario en los establecimientos educacionales para golpear y torturar estudiantes, basta de ministros burlándose de la necesidad del pueblo, como un farsante ministro de educación que propuso “organizar bingos” para arreglar las aulas inundadas, u otra lumbrera que sugirió “levantarse más temprano” para ahorrar en transporte, o ese otro iluminado que, frente a las alzas de los artículos básicos aconsejó “comprar flores porque están baratas”. Y ese más de un millón doscientas mil personas gritaron ¡Basta! a un gobierno presidido por un fantoche inepto y de reconocido prontuario delictual.

Con Sebastián Piñera el país fue definitivamente entregado a la voracidad de los empresarios y las transnacionales, algo que se empezó a fraguar durante la dictadura y fue luego intensificado por todos los gobiernos pos dictadura. Sembraron pobreza, precariedad, abandono, desesperanza, convencidos de que la fuerza del poder había anestesiado para siempre a los habitantes de la nación austral. Hasta que la ira salió a las calles a decir ¡Basta!

Ahora, el inepto, decididamente estúpido presidente, el mismo que hace una semana anunció “estar en guerra” y sacó tropas a las calles declara que ese más de un millón doscientas mil personas en las calles lo ha llenado de

alegría, anuncia cambios de ministros y, como un patrón que echa mano al monedero, se dice dispuesto a subir los salarios, las pensiones, a frenar la alza de la electricidad, agua y transporte, y hasta a considerar que los ricos paguen algo de impuestos al Estado.

La esposa del Piñera declara que ha descubierto la necesidad de “compartir”, y Luksic, el hombre más rico de Chile y unas de las mayores fortunas del mundo, asegura estar dispuesto a considerar algún impuesto a las grandes fortunas.

Al mismo tiempo, cadáveres políticos como Lagos descubren que había “intranquilidad en el país”, o Insulza llamando a “reprimir con energía”, o Guiller anunciando que “si cae Piñera cae el congreso, caemos todos”.

Y todo esto con los 19 muertos según las cifras oficiales, todavía tibios, miles de heridos por las fuerzas represoras, policías y militares, según el Colegio Médico, una cantidad mantenida en secreto de prisioneros muchos de ellos torturados en improvisados centros de detención, mujeres violadas por la fuerzas represoras, como en los tiempos de la dictadura que implantó a sangre y fuego el “modelo chileno”, el experimento neoliberal que hizo retroceder a un país próspero a la triste condición de economía de recolectores.

Lo que propone el gobierno y sus generosos compañeros de diálogo, no son más que medidas gatopardianas, esbozos de cambios para que todo siga igual.

Y la gente, esa gente de todas las edades y condiciones que se sacudió de la modorra del fatalismo, sigue en las calles con el claro y legítimo deseo de recuperar su dignidad. Y el primer paso de cambio real es terminar con la odiosa constitución redactada por la dictadura, formar una asamblea constituyente para que sea el poder de los ciudadanos libres el que decida y sancione una nueva constitución de nación digna y soberana.

Por eso siguen en las calles, y seguirán, porque en Chile empezaron a llenarse de vida digna las amplias alamedas. ♦

Luis Sepúlveda, 27 de octubre de 2019

¿Qué les dan? ¿Qué les enseñan?

Las duras jornadas que se viven en Chile horrorizan al mundo por la brutalidad de las fuerzas represivas, especialmente por el sadismo de carabineros que han devuelto al país a los peores tiempos de la crueldad dictatorial, de la impunidad y el permiso para violar todos los derechos.

A la crueldad ejercida durante todos los años de la dictadura y por desgracia también durante todos los años de la pos dictadura, contra el pueblo mapuche, con asesinatos y falsos atentados terroristas, contra los ciudadanos que se manifestaron contra la voracidad de las empresas de energía eléctrica durante las protestas contra HidroAysén, contra los estudiantes secundarios que no reclamaban más que la garantía de un derecho, el de la educación pública, y que han sido gaseados, golpeados y torturados hasta en las aulas, se agrega ahora la crueldad desenfrenada con asesinatos, torturas en cuarteles policiales, con violaciones de estudiantes, con cientos de heridos, de mutilados que han perdido un ojo, con crucifixiones de detenidos, con palizas dadas simplemente porque los desafortunados ciudadanos se toparon con la horda vestida con ropa de combate.

Toda manifestación, y más todavía si es fruto de la ira que produce la precariedad, la injusticia y la desesperanza, tiene el riesgo de ver alterado el orden de la manifestación, mayoritariamente pacífica, y para eso se supone que están las llamadas fuerzas del orden, para controlar a los descontrolados guiándose siempre por la ley y el criterio de proporcionalidad que debe regir cualquier actuación policial.

Pero ese sentido de la proporcionalidad en la respuesta a la alteración del orden no lo conocen las fuerzas represivas chilenas, nunca lo han conocido, y ante los ojos de Chile y el mundo no son más que una tropa de facinerosos, de desalmados, de sujetos crueles, de sádicos que disfrutaban hiriendo, lacerando, humillando, violando, matando.

¿Qué les enseñan en las escuelas donde se forman antes de prestar servicio en las calles? Viendo su actuar es obvio que en materia de Derechos Humanos, de Derechos Civiles, de Derechos Ciudadanos, no reciben ni la más escasa formación. ¿Qué les dan para uniformarlos en la crueldad? Porque independientemente si son hombres o mujeres quienes van bajo los cascos, los chalecos anti balas, las protecciones de brazos y piernas, a la hora de la crueldad no hacen distingos y la ejercen con similar brutalidad.

Es cierto que el gobierno de Piñera nunca debió sacar a los militares a las calles, pues ellos no saben controlar desmanes o alteraciones del orden, sólo saben eliminar al enemigo, y a vista de los hechos parece que la teoría del enemigo interno sigue presente en los cuarteles, y se manifiesta especialmente cuando el jefe de Estado anuncia que el país está en guerra, irresponsabilidad que hace de Piñera el primer responsable de los asesinatos, violaciones, mutilaciones y torturas.

Pero, y sin pretender justificar la participación del ejército en la orgía de crueldad, valga insistir en que Chile padece de hace demasiados años la actuación descontrolada de los carabineros. Castigados a veces por los latrocinios más escandalosos o por proveer de armas al narcotráfico, la regla general es que nunca han debido rendir cuentas ante ninguna institución del Estado por la crueldad, la brutalidad, el sadismo ejercido contra estudiantes o humildes vendedores de frutas.

Los carabineros son la evidencia de un Estado que no representa y mucho menos defiende los intereses de todo un pueblo. De un Estado que delega en co-

merciantes todo lo que determina la vida diaria, pero que está presente a la hora del castigo a todo aquel que se atreva a no estar de acuerdo con esas reglas del juego. Son la guardia pretoriana de un Estado fallido.

Los antecedentes reunidos por Amnesty International, Human Rights Watch y otras organizaciones preocupadas de los Derechos Humanos, de las violaciones de esos derechos cometidos en Chile en estos últimos días, dejan en el aire las preguntas que alguien deberá responder: ¿Qué les dan? ¿Cómo los forman? ¿Qué les enseñan? ¿Qué les exigen además de estar alfabetizados para darles un uniforme?

Son un problema que el Chile que se acerca deberá resolver con urgencia. ◆

Luis Sepúlveda, 28 de octubre de 2019

La historia, en fin, la historia

En los años 90 desde ATTAC proponíamos la aplicación de la tasa Tobin, ese impuesto por lo demás mínimo a las grandes transacciones internacionales. Para algunos sectores de la izquierda más ortodoxa, la tasa Tobin era una tabla de salvación para el capitalismo, y para la derecha era un atentado a la «libertad» de movimiento de capitales.

Hoy, tarde, se aprueba la aplicación de la tasa Tobin y de la llamada tasa Google, destinada a que las empresas multinacionales como Amazon, Google o Appel, paguen algo de impuestos en los países donde se generan sus ganancias.

La derecha saldrá a las calles denunciando este atentado «chavista» que pone en peligro la relación con nuestro aliado principal, Trump, ese mismo aliado que grava con aranceles abusivos los productos españoles como el aceite, el vino y la fruta. ♦

Pensar, ¡qué bonito y sano era eso!

Luis Sepúlveda, 17 de febrero 2020

El triángulo rojo

Hoy que las Marilós y el facherío de todos los pelajes ladran contra dos triángulos rojos, es bueno echar a andar los engranajes de la memoria. Con esos triángulos rojos los nazis identificaban a los prisioneros comunistas y socialdemócratas confinados en los campos de concentración, en los campos de exterminio masivo.

Esos triángulos rojos recuerdan el valor, el heroísmo y la entrega de mujeres y hombres que, sabiendo que tal vez no sobrevivirían al «KZ», al campo de concentración, seguían resistiendo aún en las peores condiciones, por ejemplo haciendo sabotajes en las fábricas de municiones en las que trabajaban como «mano de obra esclava».

Así lo hizo Simone Vilalta, prisionera española en Mauthausen.

«Saboteábamos las balas que teníamos que fabricar. Unas compañeras se dedicaban a cazar moscas y después las poníamos en la zona que albergaba el detonador. Cuando no teníamos moscas, escupíamos. Estoy segura de que muchas de las cajas de balas que salían de allí nunca pudieron utilizarse. Cuando regresábamos a la barraca nos preguntábamos entre nosotras: ¿Cuántas moscas has matado hoy? “Veinte, treinta, cincuenta”. Cada mosca era una bala que no serviría para acabar con la vida de algún compañero. Estas pequeñas cosas representaban para nosotras una gran victoria. Era peligroso y si te cogían no lo contabas, pero seguimos haciéndolo hasta el final».

Eso y mucho más significan esos triángulos rojos que se llevan con respeto y honor. ◆

Luis Sepúlveda, 14 de enero de 2020

Dos rostros y una misma sangre



Una de las fotos es de un joven estudiante chileno, dirigente de los estudiantes secundarios y se llama Víctor Chanfreau. La otra foto es un hombre valiente y digno, Alfonso Chanfreau,



abuelo de Víctor, que fue torturado, asesinado y hecho desaparecer por los militares chilenos luego del 11.9.73.

Los que estuvimos y fuimos activos de la gesta emancipatoria chilena, quisimos dejar para nuestros hijos y nietos un país mejor, un país digno, un país justo, un país sustentado en valores universales y revolucionarios. Les fallamos en eso, no lo conseguimos mas no por nuestra voluntad, sino porque subestimamos el odio que generaba nuestra lucha emancipatoria, y la terrible fuerza de los enemigos de la libertad.

Hoy, a inicios de 2020, el joven Víctor Chanfreau lidera la lucha de los estudiantes chilenos por una educación pública, laica, de calidad democrática, que termine con las odiosas diferencias que condenan a los jóvenes impidiéndoles el libre acceso a la educación superior mediante una prueba de selectividad que sólo beneficia a la elites del poder.

Querido Víctor, tu abuelo y todas y todos los que fuimos sus compañeros te saludamos con orgullo, querido Compañero. ◆

Luis Sepúlveda, 9 de enero de 2020

La decepcionante COP25 y...¡jella!

¿De dónde sacaron esta pájara? Ministra...¿de qué?

Eran las preguntas más frecuentes entre los más de 200 delegados de gobiernos y ONG's participantes en la finalizada COP25 realizada en Madrid. Se referían a Carolina Schmidt, la ministra chilena, supuestamente de Medio Ambiente, y coincidían en que no estaba medio, sino absolutamente desambientada.

Le cayó de regalo la presidencia de la COP25, cumbre en la que tanto científicos, sociedad civil, organizaciones ecologistas y gente de sentido común tenían esperanzas de, por lo menos, asegurar el cumplimiento de los acuerdos de París.

Le cayó de regalo o premio de consuelo, porque el despertar de la sociedad civil chilena impidió que el gobierno de Piñera, consumado inepto, hiciera de esta cumbre un monumento a sí mismo, a su egolatría de patán de luces menos que limitadas.

Y ella se lució hasta el final, cuando empujada por el vehemente deseo de regresar a Chile, de huir de ese lugar en que se hablaba de temas que superaban su pobre y triste capacidad de entender, anunció: «Considerando la hora, y el hecho de que muchos tenemos prisa por llegar al aeropuerto, me gustaría plantear que las propuestas sean enviadas y subidas de manera electrónica...»

Es decir, chiquillos, si me quieren decir algo me lo mandan por email. Sólo le faltó agregar que tenía muchas ganas de mear, y fuera del tiesto, por supuesto.

¿De dónde sacaron esta pájara? ◆

Luis Sepúlveda, 15 de diciembre 2019

¿Nos van a entender en el futuro?

En 1964 Marshall McLuhan afirmó que “el medio es el mensaje”, y con ello, de forma escandalosamente simple, nos decía que en el periodismo y la comunicación los intereses económicos, políticos y sociales de los medios determinaban la naturaleza el mensaje. Si pensamos en Chile, basta con conocer la historia de El Mercurio y sus medios satélites para comprobar la veracidad de la afirmación de McLuhan.

Pero de la misma manera como el capitalismo clásico renegó de la acumulación de bienes como base de su poder, y adoptó la pura especulación financiera como único norte y meta de la economía, también “el mensaje” escrito, radiodifundido, televisado o expandido sin límites luego de la aparición de internet, mutó, y en lugar de reflejar los intereses del medio, empezó a distorsionar el lenguaje hasta convertirlo en un reflejo de la sociedad especuladora, pero en un reflejo difuso destinado a ocultar y confundir.

Así, ahora es común leer que novelas como “Hambre” de Knut Hansum o “ El Vaso de Leche” de Manuel Rojas describen el infortunio de “individuos en situación de calle”. El eufemismo ocultador y negador de las circunstancias sociales, políticas, económicas que niegan el alimento, la vivienda, el trabajo, el desarrollo de la potencialidad humana, la esperanza y los derechos, hace que el pobre sea el único responsable de su miseria y, lo peor, logran que el pobre termine por aceptar que es víctima de sí mismo.

Una sociedad basada en la especulación económica necesita crear una “normalidad” plenamente aceptada,

y hoy se llama sociedad de la precariedad. Lo normal es lo precario, los salarios precarios, los contratos precarios, la educación precaria, la salud precaria, la moralidad precaria, el lenguaje precario que imposibilita el relato esperanzador, paso imprescindible para criticar la precariedad y tratar de salir de ella.

Hoy, la terrible situación de ser despedido del trabajo, de caer en la cesantía, en el paro, de perder lo poco conseguido, la comida diaria, la vivienda, se llama “desvinculación”. Nadie es despedido, es simplemente desvinculado de la normalidad precaria, y se intenta convencer al despedido, al “desvinculado” a que vea en esa situación “una oportunidad”. Y así es muy posible ver al desvinculado vendiendo sopaipillas en la calle, convertido en un “emprendedor”.

En los países más ricos la precariedad es adornada con anglicismos. Alimentarse de lo que se encuentra en los contenedores de basura se llama “friganismo”, compartir entre varios un minúsculo espacio de vivienda se llama “co-living”. Compartir entre dos o tres el mismo trabajo por un solo salario se denomina “co-working”. No salir de casa el fin de semana porque no tienes para pagar el bus, la entrada a un cine o una cerveza se llama “nesting” y es algo que “rebaja tu ansiedad e ilumina tus posibilidades de superación individual”.

La precariedad es ya un asunto global. Es el gran logro del liberalismo, y el lenguaje sibilino del mensaje construido con eufemismos se impone como una maldición.

Si es que hay futuro, cosa que dudo, ¿entenderán las futuras generaciones la absurda trampa en la que nos hicieron caer? ◆

Luis Sepúlveda.

17 de septiembre de 2019

El ridículo como método

¿Qué diablos tiene que hacer o decir la delegación chilena en la COP25? Un país que desconoce sistemáticamente no sólo los Derechos Humanos sino también todas recomendaciones de preservación ambiental, y que hasta legisla para que los estudios de impacto ambiental sean considerados innecesarios con tal de «seguir creciendo».

En Chile hay una notable vocación de ridículo. Recuerdo, porque estuve ahí, la presencia chilena en la exposición universal de Sevilla en 1992. Todos los países presentes llevaron cosas, objetos, bienes, libros, alimentos representativos de sus respectivas realidades, pero Chile, ¡Ay Chile! decidió llevar un iceberg desde la Antártida a Sevilla.

Como los españoles no conocían el hielo, el efecto novedad, el asombro ante lo desconocido sería inmenso.

Y lo llevaron. En un barco refrigerado. Pesaba sesenta toneladas y era mantenido a una temperatura de 40° bajo cero. Lo instalaron en el stand chileno, pero ahí descubrieron un cierto detalle aparentemente sin importancia: en Sevilla había 40ª sobre cero, y el iceberg antártico empezó a derretirse.

Gracias a la oportuna intervención de una empresa experta en frigoríficos que construyó una urna transparente, los restos del pedazo de hielo que originalmente pesaba sesenta toneladas se conservaron, más o menos sólidos, hasta el fin de la Expo 92.

¿Y cómo terminó? Hay quienes sostienen que un bar sevillano se interesó por el hielo, pero al preparar un gin tónico descubrieron que era de agua salada, y hasta ahí llegó el negocio. Otros aseguran que terminó arro-

jado al Guadalquivir donde se derritió rápidamente, ante la estupefacción de las truchas.

Si algo tiene y puede hacer Chile en la COP25 es el ridículo, y así se encargaron de recordarlo hoy en Madrid los integrantes de los Pueblos Atacameños, que enfurecieron a la ministra chilena de medio ambiente, mujer muy medio desambientada, al recordarle que el Estado chileno destruye sin descanso los salares y glaciares atacameños. ◆

Qué vocación para el ridículo.

Luis Sepúlveda, 3 de diciembre de 2019

¡Oh bella Italia!

Amo Italia porque nunca deja de sorprenderme para bien y para mal y para peor. La he recorrido desde el paso Brennero en la frontera con Austria hasta Pantellería casi tocando África, y siempre supuse que una nación marcada por tanta magnífica diversidad, historia y cultura, casi no necesitaba gobiernos pues se movía por la inercia generada por su milenaria historia.

Amo Italia por su gastronomía, su cine, su literatura, porque yo no sería el que soy ni haría lo que hago si no hubiera descubierto primero las películas del neorrealismo y más tarde las de Ettore Scola, Roberto Rosellini, Federico Fellini, Gilo Pontecorvo, o Michelangelo Antonioni. Sería un huérfano de no haber leído a Salgari, Pavese, Calvino más toda una lista de autores que llenaría páginas. Sería un analfabeto del pensamiento de no haber leído a Gramsci, y nada sabría de la historia italiana si no hubiera leído a Giancarlo de Cataldo, que fue capaz de narrar “il risorgimento” en una formidable novela.

He sufrido con mis amigos italianos las putadas del presente. Jamás olvidaré a los trabajadores de la RAI aplaudiendo a Gianni Mina, uno de los mayores maestros del periodismo el gris día berlusconiano que lo echaron de la televisión. Y hasta he reído con mis amigos, risa triste desde luego, cuando vimos a Berlusconi haciendo trabajo social, barriendo una calle, la única condena que recibió por los delitos de fraude y evasión fiscal cuando se le agotó el tiempo del bunga bunga.

Como muchos de mis amigos italianos también creí que, superada la nefasta era de Berlusconi, todo tendría que ser algo mejor, no mucho pues los tiempos no están para el op-

timismo desmedido y, además, Berlusconi con todo lo que representa, seguiría presente en el devenir político.

En el año 40 d.c. el emperador Calígula, el mismo que nombró cónsul a su caballo, hizo construir dos enormes barcos que navegarían en el lago Nemi, al sur de Roma. Se trataba de dos naves imponentes de más de setenta metros de eslora, dotados de todos los portentos tecnológicos de la época y hasta de palacios de mármol. Eran dos naves hermosas, pero el lago era y es pequeño, y pese a todas sus dotes esas naves no podían ir a ninguna parte.

Lo mismo ocurrió con la izquierda italiana. Construyó una nave de estructura frágil, los galeotes no se ponían de acuerdo sobre la dirección en que debían remar y los timoneles se limitaron a girar la rueda del timón sobre sí misma sin importarles si giraban a babor o a estribor, al parecer satisfechos por permanecer en el mismo lugar. Perdieron la noción del rumbo antes de fijarla.

Y mientras la izquierda se miraba el ombligo, de la indignación social surgió el Movimiento Cinco Estrellas, ni de izquierdas ni de derechas sino todo lo contrario, sin más programa que las reacciones espontáneas y la negación frontal de la complejidad de la economía, la sociedad, la cultura y la política. Si las reacciones frente a los problemas surgen de manera espontánea las soluciones tienen la misma mecánica.

En la derecha, la insistencia de Berlusconi por ocupar el liderazgo, pese a su nueva cabellera estampada en el cráneo, a la cirugía facial que le otorgó un aspecto de mandarín en decadencia y a su nueva dentadura de resplandeciente blancura, no convenció a toda su masa seguidora de antaño y ésta desertó a la Liga Norte, el partido abiertamente fascista, xenófobo, homófobo, que agitó las banderas del “la culpa de todo es del otro”. El otro son los inmigrantes y los italianos pobres del sur.

Aparentemente, era muy difícil que entre el Movimiento Cinco Estrellas y la Liga Norte se dieran coincidencias como para llegar a un acuerdo. Y así pasaron dos meses desde las últimas elecciones, con la izquierda desaparecida entre la felicidad de su fragmentación, y la derecha noqueada por la tozudez de su vetusto y anacrónico líder. Aparentemente

nada se movía, calma chicha, como ocurrió con las naves de Calígula, estaban quietas pero empezaban a hundirse, hasta que el Movimiento Cinco Estrellas y la Liga Norte descubrieron que mezclando lepenismo, Italy again, y un concepto de democracia directa en la que participan todos menos los que no piensen como yo, tenían con cocktail de aspecto apetecible. Así se han apresurado en alabarlo sujetos como Steve Bannon, ex asesor de Trump, Marine Le pen y ese demócrata húngaro ejemplar llamado Viktor Orbán.

Así que, al parecer habrá gobierno integrado por el Movimiento Cinco Estrellas y la Liga Norte, las diferencias dejan de ser sustanciales sin embargo de sus magnitudes. La Liga Norte propone una bajada de impuestos que beneficia directamente a los más ricos y el Movimiento Cinco Estrellas antepone la renta mínima, que la Liga Norte considera un injusto regalo para los flojos del sur.

Sin mayores análisis ni estudios, ambas formaciones coinciden en la salida de Italia de la Unión Europea y de la moneda única. El Movimiento Cinco Estrellas plantea hacerlo mediante un referéndum y la Liga Norte mediante un simple decreto presidencial.

De momento, les une la firme intención de desmontar todo lo realizado durante los mil días del gobierno de Matteo Renzi y cambiar radicalmente la casi inexistente política migratoria. Para la Liga Norte basta con dejar que los migrantes se ahoguen en el Mediterráneo y expulsar a los que han llegado a Italia. El Movimiento Cinco Estrellas, por su parte, no duda en calificar de “taxistas del mar” a las ONG que salvan vidas, personas, seres humanos que se juegan todo implorando por el simple derecho a vivir.

Italia siempre me sorprende, y porque conozco a la noble gente de la izquierda italiana, todavía confío en la sensatez que culminará en un esfuerzo unitario. El populismo espontaneista intentará decirnos que ya no hay ideas emancipatorias o que ya no mueven a la sociedad, pero nosotros, como Galileo frente al tribunal inquisidor debemos repetir “epur si muove”, porque sin embargo de lo que tenemos hoy, nuestras ideas volverán a ser el motor que moverá a la sociedad. ◆

Luis Sepúlveda, 11 de mayo de 2018

Metáforas de España...

De un diario italiano me envían una serie de resultados de encuestas de intención de voto en España. Son el reflejo de “hoy”, de las intenciones si las elecciones fueren hoy, y en todas, la del grupo Prisa, el Diario.es, Público, La Vanguardia, La Sexta, la Razón etc., dan por vencedor a Ciudadanos. Y me piden un artículo explicando por qué ese resultado.

Entonces retorno al abandonado por cabreo oficio de periodista, y tiro líneas para definir el sujeto y el predicado de lo que intento decir.

Línea 1: un sujeto cualquiera que hace ocho años ganaba mil euros no secundó ninguna huelga ni participó en ninguna actividad reivindicativa porque su salario era de 1000 euros y si paraba la descontaban 100. Ahora, ocho años después, gana 650 euros y sigue convencido de que su pasividad social fue un gran negocio.

Línea 2: En medio de un mar de corrupción, de paro, de rebajas o “crecimientos moderados” de los salarios y pensiones, de recortes a la seguridad social, educación, sanidad, estalla la pantomima de la declaración unilateral de independencia catalana, las tiendas de chinos venden banderas españolas por un tubo, y ante la absoluta falta de respuesta política del PSOE, de Podemos y del Partido Popular, Ciudadanos enarbola la bandera del patriotismo absoluto. Parados de Andalucía y Extremadura, las autonomías más castigadas por la precariedad rugen el patriótico “a por ellos” que saca a un facherío larvado o aletargado a las calles, y así llegamos a un estado parecido al sufrido en Cádiz cuando tumbaron a la Pepa, el gran intento de constitución moderna, o cuando echaron a los franceses bonapartistas, mal que mal portadores de la ilustración y el laicismo, y pusieron como rey al tarado

de Fernando VII. El patrioterío es así, siempre sido así, y Ciudadanos lo aprovecha con sagacidad.

Línea 3: En la ofensiva de agitación y propaganda, Ciudadanos y su líder supremo marean con las posibles candidaturas de Manuel Valls, un político francés de esplendorosos fracasos como ministro socialista, que no vaciló en ofrecer sus servicios a Macrón y el pequeño banquero francés, ídolo y referente “liberal” de Rivera, lo mandó a la mierda. También hacen crecer el rumor de que Mario Vargas Llosa podría ser candidato de sus filas para la comunidad de Madrid, pese a su nada edificante historial como político en Perú. Pero entre “liberales” estas son minucias. Lo que importa es el glamour “liberal”. Y aunque nos pese, el glamour vende muy bien.

Línea 4: Hace muy poco, la cabeza más visible de Ciudadanos en Madrid hizo una demostración de su talante “liberal” preguntando con total candidez “por qué un patrón debe pagar un desahucio al empleado que despide, cuando lo justo sería que el despedido pague o devuelva al patrón parte de los salarios recibidos”. Al parecer la respuesta a esta pregunta requiere un ejercicio intelectual demasiado complejo, y mejor permanezcamos repitiendo el mantra de “todos los políticos roban” o “hay que regenerar la política”. ¿Cómo? ¡Y a quién le importa eso cuando hay fútbol y el Real Madrid volverá a ganar la Eurocopa!

Línea 5: Como creo ser uno de los pocos que ha leído la propuesta de “contrato único” que lleva Ciudadanos como ariete para incorporar a España a las naciones “liberales y competitivas”, puedo decir con base que es una propuesta que aterriza. Es el fin de lo que queda del Estado de Bienestar, es el fin de todas las conquistas obtenidas por los trabajadores.

Con estas líneas supongo que puedo empezar a escribir un artículo, pero las leo y regreso a una fotografía que tomé hace tiempo en Extremadura. Es un rebaño de corderos que marchan disciplinadamente al matadero, y dejan atrás, impasibles, un aviso de tráfico que prohíbe virar a la izquierda. ◆

Luis Sepúlveda, 3 de mayo de 2018

Anexo:

Aún creemos en los sueños

Estoy emocionado y la emoción es una confusión de sentimientos que vienen de los recuerdos, y recordamos porque tenemos memoria. Recuerdo que, cuando aún no cumplía 18 años, caminaba por las calles que rodean la Biblioteca Nacional con unos enormes deseos de entrar e instalarme a leer todos aquellos libros que suponía almacenados en los estantes, esos libros que sentía como míos y a los que no tenía acceso, pues en aquel tiempo una odiosa disposición burocrática impedía la entrada a los menores de edad. Así, la casa central de la Biblioteca Nacional estaba vedada para los más jóvenes, y debíamos acudir a un edificio menor, aunque no por eso menos bello, que estaba en la calle Compañía, muy cerca de la Plaza Brasil.

Por entonces yo era un joven lleno de sueños, por eso mismo era militante de las Juventudes Comunistas, pues la cercanía de otros jóvenes soñadores multiplicaba mis sueños. Algunos de esos sueños eran heroicos, de largo alcance, otros eran menores, acaso más domésticos, más humildes, más chilenos.

Uno de ellos consistía en hacerme con una copia de la llave de aquel viejo caserón, de la Sección Infantil de la Biblioteca Nacional, entrar subrepticamente, y pasar un fin de semana sin más compañía que los libros.

Era un sueño Borgiano, Nerudiano, Rohkiano, al que se agregaban otros poetas como Machado, León Feli-

pe, García Lorca, y los escritores que más leía: Coloane, Yankas (nadie lo recuerda) Nicomedes Guzmán, Baldomero Lillo, Juan Godoy, Sepúlveda Leyton, y tantos otros de los que aprendí que la patria es mucho más que una simple bandera.

En aquellos años felices, los jóvenes estudiantes acostumbrábamos a visitar el Congreso y la Cámara de Diputados en nuestras clases de Educación Cívica. Ahí, aprendíamos como funcionaba nuestra imperfecta pero ejemplar democracia, el Poder legislativo se nos presentaba como la columna vertebral del país, y el ardor de los discursos pronunciados por los representantes de la ciudadanía le confería más vigor a nuestros sueños. También visitábamos la sección infantil de la Biblioteca, y en una de esas visitas empezó a fraguar el más imperecedero de mis sueños.

Soñaba que todos esos libros encerrados querían hablar, que esperaban a justo interlocutor, y ése era yo. Soñaba que los libros me hablaban con su lenguaje silencioso, me mostraban cada una y todas las palabras impresas en sus páginas, y exigían de mi una promesa; la de transformarme en el depositario, en el velador, en el amoroso protector de las palabras. Y yo prometía cuidar que nunca perdieran su valor intrínseco, su capacidad de nombrar todas las cosas y a partir de ese hecho hacerlas existir.

Nunca es fácil ver un sueño realizado, pero el mío, tal vez por ser tan ingenuo, tan poco épico, tan chileno, no encontró mayores escollos. Una tarde, y gracias a la influencia del cine, birlé a la bibliotecaria un manajo de llaves, y estampé las que se me antojaron más importantes en un molde de cera. Más tarde, gracias a la colaboración sin preguntas de un amigo, que trabajaba con su padre en un kiosko donde hacían llaves, a la entrada del Portal Fernández Concha, tuve un juego de llaves que me abrirían las puertas de la Biblioteca.

Recuerdo, porque mi porfiada memoria de chileno

no deja de recordar, que un fin de semana compré el que se me antojaba alimento de emergencia de los escritores; pan de anís y leche. Valga señalar que otros amigos, el pintor Carlos Catasse, el actor Jorgue Guerra, el inolvidable “Salvaje” Hugo Araya, compartían esta extraña afición por la leche y el pan de anís, lo que permite deducir que también es alimento básico de pintores, actores y camarógrafos.

Ese fin de semana, premunido de leche y pan de anís -el mejor lo hacían en la insuperable panadería La Selecta-, espere oculto en un patio a que el personal de la biblioteca se retirara, cerraran la puerta principal, y me dirigí hasta el amplio salón en donde se alineaban los estantes y los libros. Debo agregar que ya empezaba un destino de fumador empedernido, y al inventario de subsistencia se agregan dos paquetes de aquellos deliciosos “Liberty”. Una de las llaves abrió la cerradura, empujé la puerta, y entré por primera vez a la que sería y es mi única patria: mi idioma y sus palabras.

Tomaba libros al azar, leía un par de páginas, cogía otro, los conocidos me dejaban la grata impresión de topar con un viejo amigo, los que no conocía me llenaban de sed de leer. Es cierto que la aventura fue breve; apenas dos noches y dos días encerrado en la vieja casona, pero al amanecer del lunes salí con la satisfacción de haber hecho realidad un sueño, y además con un gran descubrimiento: la generosidad existía y era un atributo del género humano. Eso me lo dijeron las anotaciones hechas en las primeras páginas de algunos libros: “este ejemplar fue donado de su biblioteca personal por el escritor y periodista Hugo Goldsack”, “este ejemplar fue donado de su biblioteca personal por la profesora y poetisa Escilda Greve”, y un largo etcétera de libros entregados para el disfrute de todos.

Sueño, aún creo en mis sueños, y una forma de creer en ellos es recordar esas anotaciones. Sueño que un

joven escritor se encierra en una biblioteca y encuentra un libro sorprendente, por eso, hace mucho tiempo que renuncié a la vanidad de la biblioteca personal. Me acompañan unos cuantos cientos de libros que son, en su mayoría, de amigos, o libros a los que regreso una y otra vez. Pero vació sistemáticamente mis estanterías y entrego aquellos libros que considero necesarios de compartir a varias bibliotecas públicas. Esta es una gran manera de compartir y socializar los sueños.

Sueño, no me importa si una visión de lucro como único norte del hombre estigmatiza los sueños y a los soñadores. Me considero un soñador, he pagado un precio bastante duro por mis sueños, pero son tan bellos, tan plenos y tan intensos, que volvería a pagarlo una y otra vez.

Creo que no hay sueño más hermoso que aquel con un mundo en donde el pilar fundamental de la existencia sea la fraternidad, en donde las relaciones humanas estén sustentadas en la solidaridad, un mundo en el que todos compartamos la necesidad de la justicia social y actuemos en consecuencia.

Mis sueños son irrenunciables, son tercos, porfiados, resistentes, y se anteponen al horror de la pesadilla dictatorial. La defensa de esos sueños tiene que ver con el viejo debate entre lo bello y lo atroz, entre el bien y el mal en el sentido más pleno e intenso.

Cierta vez, una amiga periodista argentina entrevistó a un miserable traficante de armas que ocupaba una cartera ministerial en la hermana nación, y en una parte de la entrevista le preguntó si creía en los sueños. El miserable contestó que no, y agregó que “ese problema” se curaba con ayuda del psicoanálisis. Ciertamente que existen individuos que temen a los sueños, a los soñadores y a la capacidad de soñar, sin embargo la presencia de los sueños y los soñadores es inextinguible.

Hablaré de uno al que tuve la fortuna de conocer cuando yo era muy joven –se es muy joven hasta los 18, luego se es simplemente joven y ese estado es mantenido por los sueños, hasta la tumba- y, como muchos, lo esperaba con expectación. Era un poeta español, republicano, rojo, llamado Marcos Ana, y venía a conocer Chile de la mano de Pablo Neruda.

Marcos Ana venía del territorio infame de la cárcel luego de cumplir veinticinco años de encierro. Apenas dejó atrás las puertas de la cárcel de Carabanchel, en Madrid, fue a casa de unos compañeros, se duchó, cambió ropas, bebió un vaso de vino, enseguida se dirigió a aeropuerto y subió al avión que lo trajo hasta Santiago de Chile.

En el aeropuerto lo esperaba Neruda, pues todo hombre o mujer de buena voluntad que llegue a Chile, siempre será recibido por Neruda, por Pablo invisible, disuelto y presente en el aire, en el fuego y en el vino. En el parque Bustamente lo esperábamos unos quince mil jóvenes chilenos, quince mil inmejorable soñadores como éramos los militantes de las Juventudes Comunistas de Chile. Lo esperábamos con todo nuestro amor de jóvenes y de soñadores, con nuestras bocas endulzadas por toda la ternura que inspira la palabra Compañero.

Sabíamos quién era ese hombre frágil que, apenas salió de la cárcel, dijo que sus sueños permanecían puros y frescos como en el primer día de la República. El dictador, Franco, no los había tocado.

Franco, por si alguno de los jóvenes presentes en esta sala lo ignora, era un patán de baja estatura y menor tamaño moral. Era un miserable que no superaba el metro sesenta y tenía el coeficiente intelectual de un ratón bobo. Esa es la característica que asemeja a todos los dictadores. A ella, ¡vaya si lo sabemos!, se agrega la de ser ladrones como gatos de campo. En cierta ocasión, a finales de los años sesenta, sus soplonos le

informaron que los subversivos empezaban a actuar de una manera terrible en España; no ponían bombas, no organizaban huelgas, no llamaban al incendio, sino que proponían abiertamente soñar con una realidad nueva.

Aquellos subversivos tenían rostros y nombres: una mujer bellísima como sólo pueden ser bellas las brujas -según la España católica y franquista- se llamaba María del Mar Bonet y con su voz moldeaba los sueños democráticos. Otro, un anarquista de cuidado según los pasquines del régimen, llamado Joan Manuel Serrat, con sus versos invitaba a soñar mundos mejores y posibles, y a ellos se agregaban Lluís Llach, Paco Ibáñez y José Antonio Labordeta: “habrá un día en que todos/ al levantar la vista/ veremos una tierra/ llamada Libertad...”

Los dictadores suelen tener siempre un testaferrero alfabetizado, un plumífero que, desde una hipotética posición más allá del bien y del mal, hace de “intelectual orgánico” al servicio del sátrapa, ya sea con su voz, o con su silencio. Franco tuvo más de un par, y uno de ellos, olvidado ahora en las cloacas de la historia, redactó un manifiesto condenatorio de los sueños, porque estos, dijo/escribió en la prensa del régimen, eran una actitud propia nada más que de los judíos, los comunistas y los masones. La España católica y franquista no soñaba, y el plumífero cuyas palabras se conservan en una probeta, en formol, para ser estudiadas por los bacteriólogos cuando les falten residuos fecales, concluyó su manifiesto de la siguiente manera: “Los sueños nunca se cumplen, a lo más se pudren en las cabezas de los soñadores”.

Marcos Ana, desde la cárcel, respondió: “Será que mis sueños asustan al tirano/ como un lejano canto/ como enterradas campanas/ como todas las voces que no entiende./ Será que mis sueños/ de hombre y de Poeta/ se han cubierto del hierro/ que me encierra

la vida/ y ahora sueño con espadas alegres./ Será, me pregunto/ que todavía no entienden/ que encarcelaron al hombre/ porque no fueron capaces/ del asalto exitoso/ al fuerte de sus sueños/ que le hace soñar con mayor fuerza”.

Los versos de Marcos Ana prevalecieron, permanecieron en los recuerdos, en la porfiada memoria que hizo posible la recuperación de la normalidad democrática en España.

También nosotros compartimos un hermoso sueño colectivo que empezó en los albores de la historia chilena como nación, como país, y que tuvo su expresión más alta durante los mil días del Gobierno Popular liderado por el Compañero Presidente Salvador Allende. La trágica y criminal interrupción de aquel sueño compartido no lo deslegitimó, y mucho menos hizo caer en el olvido, también prevaleció en la porfiada memoria, en la memoria rebelde de los resistentes, de todas y todos los que continuaron con el más noble de los empeños, y se lo jugaron todo para que no desapareciera tragado por las tinieblas de la dictadura. Gracias a ellos es que hoy estamos aquí, en la Biblioteca Nacional, y en honor a ellos es que decimos que nuestros sueños, que son el ejercicio del deber ineludible de soñar, siguen vivos, fuertes e invictos.

Tengo mucho mundo, mucho camino bajo los pies, y en todos los lugares en los que he estado, o bien he encontrado las huellas de otros soñadores como nosotros, o me he topado con mujeres y hombres que son como la prolongación misma de nuestros sueños, porque nosotros también soñamos los de ellos. Sí, qué duda puede haber: los sueños justos son la máxima expresión del internacionalismo, del afán por hacer global, planetaria, esa justicia social que es la médula de todos los sueños.

Puedo citar a tantos, pero me detendré especialmente en un hombre que hoy es un venerable anciano

no. Se llama Avrom Süstkever, se llama Poeta Avrom Süstkever y desde su casa en Israel continúa soñando con ese mundo posible de los justos.

Nació y vivió una parte de su vida en Vilna, la capital de Lituania, uno de los Estados que se alzan frente al Mar Báltico. Antes de la segunda guerra mundial Vilna era una ciudad vital y acogedora, compartía con París y Berlín una suerte de capitalía europea del arte y la cultura. Einstein solía dar conferencias en Vilna, Freud dio a conocer sus primeras teorías psicoanalíticas en Vilna, Einsenstein habló de cine en Vilna, Kokoschka colgó en Vilna sus primeras exposiciones. Era una ciudad en donde la vida era posible, hasta que llegó la larga noche de la ocupación nazi, y la bestia parda eliminó esa vida esplendorosa de saber.

Los judíos fueron declarados sub hombres, malditos, apestados, conducidos primero a un gueto y luego, de ahí, a los campos de exterminio. Algunos se rebelaron, Avrom Süstkever entre ellos, pero fueron derrotados y conducidos al paredón.

Tal como años más tarde lo veríamos en Chile, antes de ser fusilados tuvieron que cavar sus propias tumbas, y cuando estaba en ello, la pala de Avrom Süstkever partió en dos un gusano de lluvia. Perplejo, comprobó que las dos partes seguían moviéndose, que aquel golpe mortal de la pala, lejos de borrar la vida del gusanillo, la duplicaba. Otros dos golpes de pala partieron en cuatro al gusanillo, y siguió moviéndose.

Entonces, el Poeta resistente Avrom Süstkever entendió que si aquella vida tan frágil, tan permeable, insistía en vivir, era porque su naturaleza le indicaba que, así lo partieran en infinitas partes, la vida seguía siendo posible, y decidió que sobreviviría.

Cuando el oficial de las "SS" dio la orden de fuego, saltó a la tumba. Una bala lo alcanzó, pero no de manera mortal. Herido, sintió como lo cubrían de tierra, y respiró apenas, economizando el poco aire que ence-

rraba entre su cuerpo y el fondo de la fosa, así esperó, hasta que la sed de vivir le indicó que era la hora de resucitar, como Lázaro.

Avrom Süstkever fue comandante de los partisanos judíos, de los “maquís” del Báltico. Dio mil combates contra los nazis, sus fuerzas, sus guerrilleros atacaban y se retiraban a los bosques. Muy pronto se transformó en una leyenda, y así un día un avión ruso aterrizó tras las líneas alemanas con la misión de transportar al Poeta Comandante Avrom Süstkever a Moscú. Allá, a salvo, fue recibido y homenajeado por grandes escritores de la talla de Ilhia Eheremburg o Boris Pasternak, e incluso intentaron concederle el premio Stalin, que se negó a aceptar pues consideró que su condición de luchador era consustancial a su condición de soñador y de poeta. Insistió en que su forma de actuar era “lo normal” en tales circunstancias, y que lo normal no precisaba de reconocimientos especiales.

A los pocos días de estar en Moscú pidió que lo regresaran a su lugar de combate, en la primera línea, entre los que combatían al fascismo en defensa de los sueños más puros de la humanidad. Naturalmente que fue incomprendido. Ilhia Eheremburg, desde la retaguardia, escribió una lamentable diatriba contra Avrom Süstkever y en ella lo calificaba de “soñador demente”, y lo acusaba de rechazar los honores, la posibilidad de contribuir como intelectual antifascista, y de preferir en cambio la aventura.

Cuando conocí este detalle de su historia, entonces supe que, o los sueños van acompañados de una gran audacia, o dejan de ser sueños.

Si no somos audaces, y eso no es sinónimo de irresponsabilidad, si no somos terriblemente audaces con nuestros sueños y no creemos en ellos hasta hacerlos realidad, entonces nuestros sueños se marchitan, mueren, y con ellos nosotros.

A lo largo y ancho del mundo he encontrado mag-

níficos soñadores, con hombres y mujeres que creen porfiadamente en sus sueños. Los mantienen, los cultivan, los comparten, los multiplican. Yo, humildemente, a mi manera también he hecho lo mismo.

Primero soy ciudadano y hombre libre, después soy escritor. Creo que se es hombre antes que artista o escritor, creo que se es responsable antes que célebre, creo que se es justo antes que famoso, pues en caso contrario el arte, le celebridad y la fama no son más que excusas para no cumplir con los deberes de hombre y de ciudadano.

Cada vez que vengo a Chile me es difícil hablar de mis viejos sueños invictos, mas por fortuna acude en mi auxilio el escritor, el contador de historias aferrado a una memoria que amo. Hace un par de días visité un colegio en el sur de Santiago, en la comuna de San Miguel, en mi comuna, para mantener un diálogo con los estudiantes. Un bella muchacha de 16 o 17 años, de verdad muy bella tal vez porque su belleza era el reflejo de sus sueños, me dijo: “cuéntame como era un viaje desde tu casa a tu escuela, cuando tenías mi edad”. Entonces me valí de un sueño real y recurrente.

En mi sueño, salgo de mi casa una mañana de lluvia, porque me gustan los días de lluvia en Santiago, porque los días de lluvia obligan a que la ciudad recupere una intimidad perdida. Las gentes se acercan, se tocan, permiten compartir la intimidad de un paraguas, la complicidad de un café o un vinito en algún boliche al que se entra con la disculpa de capear la lluvia. Los días de lluvia incluso obligan a hablar, a decir nimiedades tales como “está lloviendo”, a nombrar colectivamente la lluvia, con bronca el que tiene los zapatos rotos, con indiferencia el que posee un buen impermeable, con asombro el que viene del norte y aún carga el desierto en la mirada, con desdén el que viene de muy al sur, de allá donde de verdad llueve. En todo caso, a fuerza de nombrarla, la lluvia existe, la misma

palabra se transforma en algo húmedo y en la mágica evocación de las sopaipillas, esa especialidad tan chilena que se inventó para los días de lluvia.

Así, en mi sueño, bajo la lluvia llego hasta una esquina segura, muy segura, porque en ese lugar se detienen unos vehículos enormes que se ven como lentos cetáceos grises.

Se detienen únicamente en esa esquina que es parte de mi rutina de estudiante, de mi seguridad de estudiante. A un costado tienen pintada una leyenda que reza: Transportes Colectivos del Estado. Era un empresa estatal que funcionaba regularmente, el chofer de aquel bus era un hombre simpático a su manera, nos hacía la vida imposible exigiéndonos el “carnet escolar” que daba derecho -porque incluso los más jóvenes teníamos derechos conquistados- a tarifa rebajada de estudiantes. Aquel chofer conducía con cuidado y nos otorgaba una sensación de seguridad. El bus se movía con pereza por las calles de Santiago, y aquel chofer estaba protegido por una pegatina que mostraba alguna imagen sagrada, y la leyenda “dios es mi copiloto”. Además, aquel chofer tenía la protección de un contrato de trabajo, la seguridad de vacaciones pagadas, de jubilación, y de todos los derechos conquistados por esa sociedad chilena de la que era integrante.

Ese chofer no tenía que correr como un psicópata pescando pasajeros para ganar el pan, según los boletos cortados. Estaba protegido por los sueños de otros hombres que con su esfuerzo hicieron posible la consecución de otros sueños tales como el contrato social, el contrato de trabajo, la libertad de asociación sindical, la posibilidad de participar y decidir acerca del funcionamiento de la sociedad.

Subía al bus de la ETC, obedeciendo la confusa instrucción de “córranse por el pasillo” o “avancen para atrás”, llegaba al fondo del vehículo, hasta el lugar en donde un poderoso motor Mitsubishi ronroneaba y

entregaba un calorcito único e irrepetible. Tal vez ahí conocía a una chica, y tomados de la mano nos maravillábamos de Santiago bajo la lluvia, de nuestra ciudad perdida en el sur del mundo, o tal vez nos adormecíamos arrullados por el rumor del motor y el ruido de la lluvia.

Cuando llegábamos a las cercanías de nuestro colegio jalábamos de ese extraño mecanismo compuesto por una campanilla de bicicleta y una larga lienza que recorría el bus, y que se llamaba timbre. Entonces el vehículo se detenía en un lugar determinado, siempre en el mismo lugar, en ese paradero que confería a la ciudad razón geográfica, sello de identidad, afán de organización, sentido del orden ciudadano.

Así, íbamos a la escuela con la seguridad de que al regreso, la ciudad nos respondería con la misma serena eficacia, de forma invariable tomaríamos el bus de la ETC que no faltaría a la cita, pues ese servicio era pagado por nuestros padres, por todos, y por un Estado que confiaba en nosotros, los jóvenes soñadores de entonces, entendía que su deber era protegernos para que continuáramos soñando y para que esos sueños se hicieran realidad.

Ese viaje que conté a una estudiante de San Miguel, ella no puede contarlo de la misma manera, porque su experiencia con el transporte público es, como le ocurre a la mayoría de los santiaguinos, una constante pesadilla: debe viajar en vehículos administrados por criminales del empresariado que nació con la dictadura, en vehículos de pésimo estado, y su vida depende de la voluntad demencial de los que juegan con sus vidas y con las de todos en nombre de la libertad de mercado.

A veces, en Europa, sueño con Chile. Y en mis sueños el amado país que ya no existe sino protegido por las fronteras de mi memoria, es un país amable, ordenado, fraterno, seguro y con sus sueños invictos.

Pero la naturaleza de mis sueños es porfiada, y de esa terca porfía se encargan muchas chilenas y chilenos a los que veo cada vez que vengo a Chile. Hace unas semanas estaba en el sur profundo y austral, en la Patagonia, que es un territorio al que estoy unido de una manera pasional y amorosa, muy fuerte. Soy incapaz de explicar por qué me gusta tanto la Patagonia, a ambos lados de la frontera, sólo sé que me gusta y me siento bien, vivo y soñador cada vez que piso al sur del paralelo 42. En esta ocasión estuve con un grupo de pescadores artesanales, gentes de vidas durísimas y siempre a merced de las transnacionales que expolian el mar chileno, siempre despreciados y abandonados por los gobiernos, sean dictatoriales o democrático recuperados.

Hicimos recuerdos de un hombre, de un hombre muy especial, y ese hombre fue mi compadre. Es fundamental tener un compadre o muchos compadres en la vida. Ahora, en esta ocasión me acompaña Víctor Hugo de la Fuente, que también es mi compadre.

Mi otro compadre, el pescador, el patagón, era un tipo de pocas palabras. Nos conocimos hace muchos años unidos por la militancia. Nos presentamos, nos dimos un apretón de manos, cruzamos dos o tres palabras, nos gustamos, nos empezamos a querer, y así, a la segunda botella de vino hablando del mar, me dijo: “tengo un crío que va a ser bautizado, ¿te gustaría ser su padrino?” Respondí que sí, y entonces la vida me dio un compadre, una comadre y un ahijado. Amplió mi universo familiar y de afectos.

Empecé a ser parte de una familia austral que se sustentaba en la sociabilidad, y lo que más nos unía eran nuestros sueños compartidos. Soñábamos con un país en el que la universidad estuviera abierta a todos, que la enseñanza no fuera un privilegio, y ese sueño estuvimos a punto de conseguirlo en 1970. Soñábamos con una mar que nunca se extinguiera, que la riqueza

pesquera llegase a todas las mesas, que los hombres del mar pudieran decir con orgullo “soy pescador”.

Mi compadre. Como he indicado, era un hombre de pocas palabras. Nunca conseguí sacarle frases de más de tres palabras, y sin embargo hablábamos días enteros, a veces con palabras y otras veces con silencios.

Una o dos veces al año iba a Chonchi para verlos. Mi comadre siempre me recibía con efusividad, me abrazaba y a continuación me mostraba las filas de tarros en los que crecían los cardenales, esas hermosas orquídeas de los pobres y que ella cuidaba con mano de santa. En eso aparecía mi compadre, me observaba largos minutos, y con un tono de voz que no delataba la emoción que le hacía brillar los ojos, preguntaba: “¿Qué querís comer?”

“Tu sabes”, era mi única respuesta.

Entonces mi compadre se enfundaba unos cuantos chalecos tejidos con lana chilota, sobre ellos el traje de buzo mil veces remendado, atornillaba la escafandra, y bajaba hasta el fondo del mar. Un ayudante o “secretario”, desde el bote la daba aire al ritmo de un Ave María, y al poco tiempo mi compadre emergía, chorreando agua y algas, bañado de fulgores y naufragios, con algún sabroso portento del mar que alegraba su mesa, que honraba su mesa, y festejábamos envueltos por la incomparable fraternidad de las gentes del sur, de la amorosa hospitalidad de los pobres del sur.

Cuando volví del exilio, en 1989, lo primero que hice fue viajar al sur, para ver a mi compadre, a mi comadre, a mi ahijado. No nos vimos durante los dieciséis años de mi exilio. La escribí muchas cartas, y siempre fue mi comadre la encargada de responder. Me contaba, sin quejarse, de cómo iba la vida, de cómo iba de mal la vida durante la dictadura. Por necesidad, se habían visto obligados a vender su casa de Chonchi y emigraron más al sur, a Puerto Chacabuco, empujados por la voracidad de las grandes pesqueras que se

adueñaron del mar chileno. En varias cartas me habló de sus cardenales, intensamente rojos y multiplicados en su sueño de belleza. En otras me describió la violenta belleza de los fiordos, con un lenguaje muy económico, muy simple, muy alejado de cualquier rimbombancia, pero de una carga poética asombrosa. Y cuando ella escribía la palabra Fiordo con mayúscula, yo, en Europa, sentía que me hablaba de una fuerza mayor y esperanzadora, de un sueño latente y a salvo en la inmensidad austral.

Dieciséis años le habían marcado el rostro de arrugas, su cabellera ya no era negra como antaño, pero sonreía con la misma dulzura de siempre mientras me ofrecía un mate y me hablaba de sus cardenales. En eso llegó mi compadre, serio y parco de palabras, como siempre. Se detuvo a un metro de distancia, cortó mis deseos de abrazarlo con un gesto, me observó, estudió durante un largo rato, y finalmente exclamó: "¿qué querís comer?"

- "Tu sabes", respondí, abrazado a mi comadre.

Se metió en el traje de buzo, atornilló la escafandra de bronce y bajó al fondo del mar. Esta vez era mi ahijado, todo un hombre, todo un pescador, quien le daba aire accionando la bomba al ritmo del Ave María. Y como siempre, mi compadre emergió bañando de destellos y con un palpitante tesoro del mar que llevamos hasta la dignidad de su mesa.

Luego de comer, hablamos, descubrimos que compartíamos algo más y que se llamaba inventario de pérdidas. Nos abrazamos, lloramos al nombrar a todos los nuestros que ya no estaban, a los que nos faltarán siempre, a nuestros amados hermanos de sueños que dieron la vida por la envergadura de sus sueños. Lloramos por todas y por todos los que están enterrados en lugares que sólo sus asesinos conocen, o que fueron lanzados, vivos y atados al fondo del mar.

Pero luego del llanto y tras beber un buen vaso de

pipeño, empezamos a hablar de nuestros sueños, y descubrimos que seguían siendo los mismos, fuertes, irreverentes, indomables, implacables, tercos, necesarios, indestructibles.

Todo esto y mucho más me ha reafirmado en esta condición de soñador. Sigo, pues, siendo un soñador, y mi literatura no puede ser vista o comprendida sino desde ese punto de vista.

Mis historias las escribe un hombre que sueña con un mundo mejor, más justo, más limpio y generoso. Mis historias las escribe un chileno que sueña con que este país cumpla con el más hermoso de los sueños: el de sentarnos todos a la misma mesa con confianza, y sin la vergüenza de saber que los asesinos de los que nos faltan no reciben el justo castigo.

Y ese sueño se materializará el día que sepamos dónde están los que nos faltan, porque al saberlo nuestra memoria no tendrá abiertas las heridas de la incertidumbre, el bálsamo de la justicia se encargará de cerrarlas y podremos seguir soñando, porque sólo soñando y siendo fieles a los sueños es que conseguiremos ser mejores, y si somos mejores el mundo será mejor.

Desde mi modesta condición de escritor y soñador puedo asegurar que una iniciativa como la que nos reúne, saludar la existencia de una editorial que se llama “Aún creemos en los sueños”, es una magnífica oportunidad para reivindicar la justicia de lo que soñamos y queremos: soñamos que otro mundo es posible, y haremos realidad ese otro mundo posible.

Es bello y enaltecedor que nos convoque una editorial, un colectivo humano que hace libros, porque la palabra escrita es la gran depositaria de los sueños. ♦



Luis Sepúlveda, su compañera la poeta Carmen Yáñez y Víctor Hugo De la Fuente, con alumnos del Tercero medio del Colegio Chile, de San Miguel, en Villa Grimaldi el 11 de noviembre de 2015



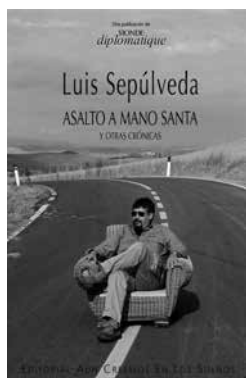
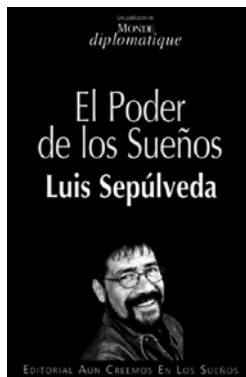
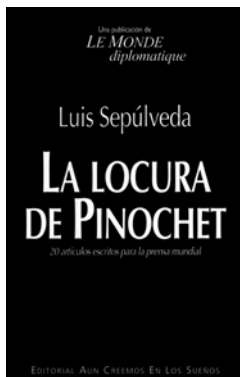
Luis Sepúlveda, junto a amigos, tras recibir la medalla de *Chevalier des Arts et des Lettres* de Francia, en Madrid, el 3 de julio de 2006.

Foto: Daniel Mordzinski



Libros de Luis Sepúlveda

publicados por la Editorial Aún Creemos en los Sueños



Libros en venta en librerías y en Le Monde Diplomatique,
San Antonio 434, Santiago. Teléfono (56) 22 608 35 24

Por internet en: www.editorialauncreemos.cl

Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2020 en
Gráfica LOM, Concha y Toro 29 - Santiago centro - Chile